

Transgresiones de la sensibilidad

Esperando



hasta que
cuando hubo
pasado el
tiempo que, en
atención al
espíritu
deportivo que
con tanta pasión



sacaba adelante José María si había suerte y lucía el sol o nada más se veían en el cielo nubecillas, denominábamos muerto y era el que había de suponerse estipulado para esperar a que Diana recuperase el oremus y volviera a su ser y se irguiera tal cómo estaba escrito bajo la claraboya pero, como todos sabíamos que eso de suponer es arriesgarse a llevarse un buen chasco, solíamos con el fin de ir sobre seguro utilizar en aguardar a que llegase el viernes próximo y, con él, el tren de las 14:32 a las 15:43 exactamente porque era muy puntual con sus retrasos y descendiese acarreado maletas y sombrillas la nueva remesa de aspirantes entre los que habría, casi seguro, alguna chica de estatura y complexión un poco parecida a la que pudiera servirle el vestido o, si no le servía del todo, que fuese Dios quisiera un poquito más delgada y poderle meter en las costuras, porque si fuese más gorda no habría de dónde sacar y tendríamos que recurrir a Florentina, que la talla la daba muy bien, pero con el inconveniente de que, si bien el oremus lo recuperaba a una velocidad prodigiosa y eso había que reconocérselo, tenía el pelo largo y era de todos conocido que no aceptaría cortárselo por muy buena que fuese la oferta que pudiéramos hacerle, y encima era morena mientras que Diana era rubia y lo llevaba muy cortito y, encima, rizado cuando, por añadidura, con que Florentina se aviniese a un tinte y una permanente no se podía para nada contar porque decía que se le quedaría el pelo hecho un estropajo.